

los tranquilos goces del casto amor; no obstante, en medio de la austeridad conservaban vestigios de galantería, componiendo los pliegues del sayo y revelando las gracias que ocultaba. Los abusos que nacían de este estado de perfección propio de muy pocos, daban con frecuencia ocasión á las reprecensiones de los predicadores, que aunque alabando la virginidad, recomendaban, sin embargo, el matrimonio y principalmente en la edad juvenil.

En ciudades como Antioquia y Constantinopla eran los niños cuidadosamente educados. A los cinco años se les enviaba á la escuela pública para leer y delinear caracteres sobre cera; luego los gramáticos les enseñaban á conocer á Homero y á los demás poetas griegos, y pasaban por último á los maestros de elocuencia, que generalmente, por pedantesca devoción, profesaban la creencia antigua. Concluidos los estudios, por lo general recibían el bautismo; é iniciados en la fe en la edad más fervorosa, algunos se retiraban á los desiertos, otros se aplicaban al estudio del derecho civil, escalera de las dignidades; y pocos emprendían la carrera de las armas, que había caído en descrédito por la afeminación de los tiempos y por las exhortaciones de los predicadores (91).

Supersticiones.—Habían sobrevivido algunas supersticiones paganas, venerándose bosques y grutas sagradas (92), consultándose augures y encantadores (93), y llevándose amuletos, principalmente con la imagen de Alejandro, cuya gloria había llegado á ser una religión (94). Algunos, mezclando estas supersticiones con el cristianismo llevaban encima hojas del Evangelio, y las suspendían del cuello de los niños; y cuando nacía alguno, encendían muchas lámparas con nombres diferentes cada una, y el de aquella que duraba más tiempo era el nombre que llevaba el recién nacido (95). Los enfermos se hacían ungir con el aceite de las lámparas de los santos lugares (96), y se esperaba la curación haciéndose imponer las manos por algún piadoso solitario. Teniéndose también por cierta la opinión de que el alma del que moría de muerte violenta se libraba del demonio, algunos llegaban al exceso de dar muerte á sus hijos.

Las leyes de Teodosio II y los concilios demuestran que la creencia en la magia había sobrevivido. Constantino prohibió los encantamientos contra la salud ó la castidad de los hombres; pero

(91) SAN JUAN CRISÓSTOMO, I, 84.

(92) Id. I, 727.

(93) El mismo Constantino decretó en el año 321: *Si quis de palatio nostro aut ceteris operibus publicis degustatum fulgure esse constiterit, retento more veteris observantia, quid portendat ab haruspibus requiratur, et diligentissime scriptura collecta, ad nostram scientiam referatur. Ceteris etiam usurpanda hujus consuetudinis licentia tribuenda, dummodo sacrificiis domesticis abstineant, quae specialiter prohibita sunt.* Cod. Teod. XVI, 10, l. 1.

(94) SAN JUAN CRISÓSTOMO, I, 682; II, 243.

(95) Id. X, 107.

(96) Id. XII, 573.

permitió los que tendieran á sanarlos ó librar á las mieses de la piedra (97). Constancio condenó á muerte al que con sortilegios alterarse los elementos, la vida del hombre ó evocase á los difuntos (98).

También era profana la pasión á los juegos de que ya hemos hablado: en Constantinopla eran muy apreciadas las comedias, acompañadas de danzas y cánticos, en los cuales aparecían, con grande escándalo, hasta doncellas con la cara descubierta.

¿Qué tiene de extraño, pues, que en tiempo de ignorancia penetrasen en los ritos de la Iglesia tradiciones poco fundadas ó prácticas supersticiosas? Sabido es el celo con que los pontífices, principalmente desde el concilio de Trento, trabajaron para purgar los breviarios y misales (99) de lecciones ó creencias absurdas. Los tiempos las introducían y la Iglesia, tutora fiel de la pureza y de la verdad, las borraba.

(97) *Eorum est scientia punienda et severissimis merito legibus vindicanda, qui magicis adincti artibus, aut contra hominum moliti salutem, aut pudicos ad libidinem deflexisse animos deteguntur. Nullis vero criminationibus implicanda sunt remedia humanis quaesita corporibus, aut in agrestibus locis, ne maturis vindemiis metuerentur imbres, aut ruentis grandinis lapidatione quaterentur, innocenter adhibita suffragia, quibus non cujusque salus aut aestimatio laederetur, sed quorum proficerent actus, ne divina munera et labores hominum sternerentur.* En el 321, Cod. Teod., XI, 14, libro 3.

(98) *Multi, magicis artibus ausi elementa turbare, vitas insontium labefactare non dubitant, et manibus accitis audent ventilare, ut quisque suos conficiat malis artibus inimicos. Hos, quoniam natura peregrini sunt, feralis pestis absumat.* Del 357, Cod. Teod., l. 4.

(99) En un misal milanés del año 1488, se pone la misa contra la muerte repentina, compuesta (se dice en él) con el consistorio de cardenales por el papa Clemente, que concedió 240 días de indulgencia á quien asistiese á ella; y oyéndola cinco veces con un cirio encendido se quedaba garantido de la muerte repentina como (continúa el códice) se había experimentado en Aviñon y sus contornos. En el mismo libro, el 4 de febrero se pone la misa de santa Verónica, de quien se refiere que siendo anciana y no pudiendo ya seguir á Jesucristo, le enjugó el rostro y quedó en el sudario impresa la imagen de aquel. Esta mujer fué por algunas partes con su admirable velo; y extendiéndole sobre Volusiano encogido y corcovado, le enderezó, convirtió á Tiberio á la fe limpiándole de la lepra, y por último, con el sudario entró en el paraíso. En un prefacio del misal del año 1475 se canta: «¡Oh cuán glorioso es este día, en el cual espera Judas recibir descanso por una hora!» En él también hay una misa por un difunto, *de cujus anima dubitatur utrum, si plenam veniam anima ipsius obtinere non potest, saltem ver inter ipsa tormenta que forsitan patitur, refrigerium de abundantia miserationum tuarum sentiat.* Venecia, Giunti, 1563. En España había la particular costumbre de que el que odiaba á otro hacia decir por él una misa de difuntos, como si anticipando las exequias, se acelerase la muerte: la prohibió el concilio XVII Toledano, cánón 3, año 693. En Pavia se siguió por mucho tiempo celebrando con rito doble la conmemoración de Boecio, mártir en 23 de octubre. En otros países se introdujeron en las letanias, Hércules, Jason y otros bienhechores de los pueblos.

CAPÍTULO XX

LITERATURA PROFANA.

Cultura general.—Las ciudades no sometidas á los bárbaros cultivaban las bellas letras. Hasta Justiniano, se explicaba públicamente á Aristóteles y á Platon en Atenas, al tiempo que gramáticos y retóricos vendían allí la elocuencia y las nociones filosóficas: y allí iba á perfeccionarse todo el que aspiraba al título de hombre instruido. Una juventud viva y bullidora tomaba partido por sus maestros, y los sostenía tanto en sus rivalidades como en sus triunfos: San Basilio y Gregorio hacían allí con Juliano el Apóstata sus estudios. Berito gozaba de inmenso crédito por sus escuelas de jurisprudencia: Edesa por las de gramática, retórica, filosofía y medicina; y como se hablaban allí las dos lenguas, griega y siriaca, aquellas escuelas eran frecuentadas por los jóvenes de las provincias orientales. Antioquia, ciudad de la disipación y del lujo, llevaba hasta el exceso la austeridad y la molición: hormigueaban en ella brillantes holgazanes, que acribillaban con sus epigramas á filósofos y reyes, á la par que en sus cercanías pululaban los anacoretas. Allí discutían sin combatirse todas las sectas: Libanio compone el elogio del Apóstata tranquilamente, lisonjeándose de ver renacer la idolatría; y Juan Crisóstomo necesita mandar tender inmensos toldos para preservar del sol á la muchedumbre atenta á su fervorosa palabra, que promete las más sinceras esperanzas.

Alejandro, menos tolerante, extraña mezcla de agitación y de estudio, ve á sus ciudadanos tomar parte en las querellas del ascetismo: judíos, católicos, donatistas, adoradores de Serapis, se persiguen dentro de sus muros á pedradas y cuchilladas, con teas encendidas: promueven la persecución de los poderosos ó se rebelan contra ella. Ordenando Teodosio la destrucción del templo de Serapis, distinguió la célebre biblioteca.

Constantinopla, sede de la religión y de la au-

toridad en Oriente, se abría á los espíritus más distinguidos y á todas las sectas que, buscando un apoyo á sus creencias oscilantes, imploraban el favor de la corte, no siempre con los medios más laudables. Constantino protegió las letras, eximió de cargas personales á los médicos, á los gramáticos, á los profesores de bellas letras y de derecho, del mismo modo que á sus mujeres y á sus hijos; alivió de impuestos sus casas, y aseguró su subsistencia (1): sus sucesores renovaron leyes acerca de este punto. Estableció en su capital una escuela, que se asemejaba con nuestras universidades. Era un edificio octógono, en que quince profesores ecuménicos, es decir universales, enseñaban bajo la dirección de un maestro mayor, que era al propio tiempo conservador de los archivos eclesiásticos y de la biblioteca, la cual Juliano aumentó agregándole la suya. Valente empleó allí después siete anticuarios para la copia de manuscritos, lo cual hizo que en el transcurso de ciento cincuenta años no contara menos de ciento veinte mil volúmenes. Pero en tiempo de Basilio un ala del edificio octógono quedó reducida á cenizas, y fueron consumidos muchos libros, entre otros, los cuarenta y ocho cantos de Homero, escritos en letras de oro en el intestino de una serpiente, de ciento veinte pies de largo; y finalmente todo fué entregado á las llamas por el fanatismo iconoclasta de Leon el Isáurico.

Disfrutaban de inmensa reputación los profesores del Octógono, y les consultaban muy á menudo los emperadores. Como todas las universidades, propendían á conservar lo pasado y á oponerse á las innovaciones, exigiendo fé ciega á los libros que introducían.

(1) *Cod. Just., X, 52, l. 6.*

Roma cristiana no produjo en siglo tan fecundo un solo gran escritor: más bien atendía á consolidar su supremacía, decidir las controversias entre los rivales y acoger la verdad perseguida en otras partes. Agustín fué llamado desde Africa para enseñar allí la elocuencia: un retórico de la Galia fué llamado para hacer el panegírico de Teodosio. Macrobio, desde Egipto.

La traslación de la corte á Constantinopla había difundido por el Oriente la lengua latina, de tal modo que el mejor poeta de entonces, Claudiano, procedía de Egipto; de Antioquia el mejor historiador, Amiano Marcelino; y de Siria, Iquerio, educado en Grecia y reputado como el mejor retórico. Una carestía de viveres indujo á que se mandara salir de Roma á los extranjeros; y fueron espulsados los pocos literatos que allí había, conservándose en cambio á tres mil bailarinas, otras tantas cantatrices, sus maestros, los coros y las personas que estaban á su servicio.

No faltaban sin embargo escuelas, y Gerónimo se ejercitaba en ellas, siendo todavía niño, en declamar, y en fingidos litigios se adiestraba para los verdaderos; yendo después á los tribunales oía á los oradores más elocuentes, disputar uno contra otro, hasta llenarse de injurias y morderse (2). Valentiniano I sujetó á ciertas reglas á los que iban á estudiar á Roma, obligándoles á llevar de su país natal certificaciones de su estado, á dar parte á su llegada del punto donde tenían su hospedaje, de los estudios á que se dedicaban, á no frecuentar los espectáculos, ni las malas compañías; y de incurrir en estas faltas debían ser espulsados á palos (3).

(2) *Comm. in ep. ad Galat., c. 2.*

(3) *Quicumque ad Urbem discendi cupiditate veniunt, primitus ad magistrum census provincialium judicium, a quibus copia est danda veniendi, ejusmodi litteras proferant, ut oppida hominum et natales et merita expressa teneantur. Deinde ut primo statim profiteatur introitu, quibus potissimum studiis operam navare proponant. Tertio, ut hospitiorum sollicitudine censualem norit officium, quo ei rei imperiant curam, quam se adseruerint expetisse. Idem immutent censuales, ut singuli eorum tales se in conventibus praebeant, quales esse debent, qui turpem inhonestamque famam et consociationes (quas proximas putamus esse criminibus) astiment fugiendas, neve spectacula frequentius adeant, aut adpetant vulgo intempestiva convivia. Quin etiam tribuimus potestatem, ut si quis de his non ita in Urbe se gesserit, quemadmodum liberalium dignitas poscat, publice verberibus adfectus, statimque navigio superpositus abiciatur Urbe, domumque redeat. His sane qui sedulam operam professionibus navant, usque ad vigesimum aetatis suae annum Roma licet commorari. Post id vero tempus, qui neglexit sponte remeare, sollicitudine Praefecturae etiam impurius ad patriam revertatur. Verum ne haec perfunctorie fortasse curentur, praecelsa sinceritas tua officium censuale commoneat, ut per singulos menses, qui, vel unde veniant, quive sint, pro ratione temporis ad Africam vel ad ceteras provincias remittendi brevibus comprehendat, his duntaxat exceptis, qui corporatorum sunt oneribus adjuncti. Similes autem breves etiam ad scriinia mansuetudinis nostra annis*

El cristianismo no había amansado la natural ferocidad de los africanos; pertinaces disensiones llevábanse hasta la efusión de sangre: las heregias pasaban á las agresiones y al suicidio; y la devoción, desordenada entre el sacrificio y ante los altares, se abandonaba á la embriaguez. Especialmente en Cartago se hacía gala de varonil vigor en el vicio, y una turba de afeminados, vestidos de mujeres, pedía por las calles el precio de la contaminación.

La Galia había hecho en la cultura intelectual rápidos progresos. Marsella, Arlés, Narbona, Viena, Tolosa, Burdeos, Clermont, poseían escuelas de jurisprudencia y de filosofía, si bien todavía en mayor número de gramática y de retórica: suministraron á Roma muchos sofistas ingeniosos y declamadores, tanto en prosa como en verso, declamadores en el siglo precedente, panegiristas en este.

La ley de Graciano, que establece escuelas en las principales ciudades de la Galia, no habla más que de maestros de retórica y de gramática (376), distinguiendo los de la lengua latina y los de la lengua griega (*attica*). Que era mayor el número de los profesores de retórica, lo atestiguan las raciones que se les habían señalado en vez de sueldo (4): sin embargo, los profesores de gramática no enseñaban simplemente sus elementos, sino todas las ciencias filológicas (5). Respecto de las escuelas que más contribuyen á formar al hombre y al ciudadano, nadie pensaba en ellas. Estos profesores pasaban de una ciudad á otra, al olor de los más pingües salarios, traficando en versos, panegíricos, cumplimientos, discusiones, sin curarse en lo más mínimo del imperio que se iba ni del cristianismo que venía. Convirtiéronse, las escuelas en planteles de mal gusto, donse se enseñaba á suplir el pensamiento con un énfasis cada vez más exagerado, y la perfección del estilo con profusión de figuras. Otra doctrina aprendían los que se dedica-

singulis dirigantur, quo, meritis singulorum, institutionibusque compertis, utrum quoque nobis sint necessaria judicemus.

(4) A los primeros 24 raciones al día y solo la mitad á los demás. Era general el uso de fijar los salarios por raciones, y el fisco las compraba otra vez mediante un precio determinado. La asignación indicada más arriba es para las escuelas municipales: en las imperiales de Tréveris los retóricos tienen treinta raciones, un gramático latino veinte, un gramático griego doce.

(5) Esto es lo que prueban los versos de Ausonio en honor de un gramático de Burdeos:

*Quod jus pontificum, quae fœdera, stemma quod olim
Ante Numam fuerat sacrificis Curibus;
Quod Castor cunctis de regibus ambiguus, quod
Conjugis e libris ediderat Rhodope;
Quod jus pontificum, veterum quae scita Quiritum,
Quae consulta patrum, quid Draco, quidve Solon
Sanxerit, et Loctris dederat quae juro Zaleucus,
Sub Jove quae Minos, quid Themis, ante Jovem
Nota tibi.*

De Profess., cap. 22.

ban á la ciencia de Dios y á las cuestiones morales y teológicas. Ofrece la literatura galo-romana del siglo v, como lo advierte Fauriel (6), un singular contraste entre la esencia y la forma, entre las ideas y el estilo; aquellas graves é interesantes, como espresion de los hombres y del tiempo á que pertenecen; este afectado y lleno de amaneramiento, cual si el autor, poniendo su imaginación en prensa para rebuscar combinaciones ingeniosas de palabras y frases, temiera siempre no haberlas hallado bastante nuevas y picantes, falsas y forzadas. Si se ve obligado á emplear la voz propia é inmediata, se esfuerza por realzarla, por darle visos de nueva con un giro de la frase, á fin de escitar la atención y de provocar asombro.

Si se comparan el estilo ampuloso, las antítesis, y otras afectaciones de Séneca y de Lucano con el de muchos escritores españoles modernos, se inclina uno á creer que llevaron aquellos algo del suelo natal á Roma: además, al servirse de un idioma que no era el suyo, debieron caer por necesidad en lo exagerado y pretencioso, á semejanza de los naturales de Africa y de la Galia.

Lengua latina.—Hemos dicho que no era el suyo porque, aunque se repita que el latin había llegado á ser universal, no debe entenderse con esto que se hablaba realmente por el vulgo. Quizá las escuelas, las magistraturas, los contratos, los libros no hablaban otro lenguaje; pero conservaba el pueblo el antiguo, así como en Francia, se puede llamar lengua universal la de París, sin que dejen de estar en uso el provenzal, el breton y el alsaciano. Aun donde se hablaba latin, debían mezclarse á este elementos estraños atendida la extensión del territorio en que se hablaba. Diremos más: en Italia, y hasta en el mismo Lacio, la lengua hablada era diferente de la escrita, y tal vez el romano rústico no se parecía más al latin de Ciceron que lo que se asemejan los dialectos italianos á la lengua en que se escribe: pero en otro lugar volveremos á tratar de este asunto (7).

A medida que se deterioró la cultura y se aumentó la mezcla, prevaleció el elemento popular, y lo que era imitación y arte, cedió el puesto á lo espontáneo é inculto, hasta el extremo de costar mucho á los romanos conservar la pureza aristocrática de la espresion. No debemos dejar de notar que mientras la lengua se mostraba tan tosca en escritores como Macrobio ó Apuleyo porque separaban el lenguaje práctico del literario, el buen sentido y la gravedad de los jurisconsultos sostenían todavía la varonil sencillez del latin contra el lujo corruptor de talentos privilegiados, y transcurrió mucho tiempo antes de que se llegase á las sentencias afectadas y enredosas del Código Teodosiano.

(6) *Historia de la Galia meridional bajo la dominacion de los conquistadores germanos.* París, 1837, t. I, pág. 419.

(7) Véase el libro VIII, cap. 20.

La Biblia rejuveneció la literatura. Aquella sencillez de espresion enseñó una poesía más sencilla y á tratar los asuntos más elevados sin las abstracciones metafísicas en que incurren los orientales y hasta los griegos, cuando la mente se concentra en sí misma. Habla siempre la Biblia por símbolos y por imágenes, como si la imaginación hubiera adoptado aquella senda cuando la religion le vedaba la representación pictórica. Amaestró, pues, en el arte de esplicarse con imágenes vivas, y comenzaron las invenciones simbólicas con que se enriqueció la Edad Media. Muchas razones, y no literarias, impidieron sus frutos; pero es indudable que el latin clásico quedó modificado por las ideas cristianas, dando origen á un nuevo lenguaje, que vino á ser el idioma comun de los filósofos, y duró hasta el momento en que renació la lengua ciceroniana.

Retóricos y gramáticos.—Entre los retóricos y los gramáticos abundantes, como de costumbre en tiempos de decadencia, citaremos á Marco Servio, el cual, comentando á Virgilio, hizo uso de muchas tradiciones, después perdidas: á Tiron Delfidio, que se hizo célebre en la Galia como poeta, abogado y maestro: á Elió Donato, maestro de San Gerónimo, en Roma (364), que escribió ciertos comentarios acerca de Terencio, de los cuales no son tal vez más que un compendio poco exacto los que poseemos actualmente: trató tambien del barbarismo, del solecismo, de los esquemas y tropos, además de los rudimentos de gramática: su obra sirvió de modelo á la posteridad (8). Otro Donato dejó la vida de Virgilio, que fué quizá una introducción á un comentario sobre las Bucólicas que se ha perdido, y escolios sobre la Eneida, á fin de revelar sus bellezas.

Nonio Marcelo de Tivoli, contemporáneo de Constantino, escribió sobre la *propiedad de los vocablos latinos*, obra pedantesca en la que á pesar de todo nos ha trasmitido muchos pasajes de antiguos autores. Sexto Pomponio Festo, trató de la *significación de las voces* compendiando un trabajo de Verrio Flaco, contemporáneo de Augusto, sobre esta materia. Tambien él fué compendiado por Pablo Diacono en tiempo de Carlo-Magno: no nos queda más que una parte de su obra. Poseemos cinco libros de observaciones gramaticales de Sosipatro Carisio, y otros de Diómedes. Son posteriores á estos Fabio Furio y Planudes Fulgencio, quizá africano, que dejó una interpretación de las voces antiguas, tres libros de *mitología*, y uno de la *Continencia virgiliana*, esto es, de las cosas contenidas en Virgilio; título que ya revela la bárbara insulsez de este pedante, que no puede ser comprendido sino á costa de gran trabajo, y que comprendido se desprecia (9). Arusiano Meso, último

(8) *Ars sive editio prima de litteris, syllabisque, pedibus et tonis.*—*Editio secunda, de octo partibus orationis.*

(9) Aug. Van Steverm, ha publicado una edicion ele-

honores, y aunque no era cristiano, educó á Arcadio, fué amigo de Gregorio Nacianceno, y tuvo por discípulos á Libanio y Agustín. En lugar de aceptar un estipendio de los oyentes, socorria á los más necesitados. Explicó un sistema de filosofía deducido de Pitágoras, Aristóteles y Platon; y adquirió sobre los escritos de éstos un estilo claro, dulce, elegante, rico en pensamientos y en energía. En treinta y tres panegíricos que escribió, para siete emperadores sucesivos, no fué un trivial adulador, y supo mezclar alabanzas con útiles verdades; superó á los demás en estudio, conocimiento y arte, y ayuda con buenas noticias á la historia. Parece muy extravagante á nuestras costumbres su entusiasta oración sobre la belleza de Graciano (20).

Libanio, 314-390.—Libanio de Antioquia junto al Oronte, corrigió con buenos maestros los estudios que había hecho con los malos, y en Constantinopla explicó sofística, con tanto aplauso, que sus émulos envidiosos le acusaron de magia y de toda clase de desórdenes. Fue desterrado por esto, y abrió su escuela en Nicomedia, en Nicea y en Atenas; llamósele después á Constantinopla, y tanto se indignó de las intrigas de sus enemigos, que les volvió la espalda y se encerró en Antioquia, lamentándose de ver sucumbir al helenismo en el gusto y en la religion. Los maestros cristianos habían hecho prometer á Juliano que no volvería á oír á Libanio; por lo cual aquel, ávido de lo prohibido, leyó sus escritos, y tal pasión tomó por ellos, que los escogió como modelos. Apasionóse más aun de Libanio por el afecto que tenía á la religion y á las costumbres antiguas; así es que cuando subió al trono quiso manifestarle por sí mismo su gratitud, y más cuando no le vió acudir al palacio con la turba de filosofantes. Cuando estuvo en Antioquia le visitó Libanio, pero sin demostrar demasiada solicitud, y no se volvió á presentar sino cuando fué invitado formalmente, con lo que dió mayor mérito á los panegíricos que dirigió al filósofo guerrero, al cual se conservó fiel aun después de muerto.

Usó con mucha propiedad el lenguaje y el estilo hasta hacerle rebuscado; pero no se elevó á una elocuencia verdadera de graves y serios pensa-

vulgares. No está, sin embargo, en este caso la persona de que os hablo; no ha escogido un género de filosofía que no se comunique á los demás; antes al contrario, lejos de querer poseer solo un bien que ha conquistado con su trabajo, emprende otros mayores para participarlos al prójimo haciéndose el intérprete (προφήτης) de los sabios antiguos, y el hierofante de los misterios impenetrables de la filosofía; y no deja extinguirse ni perecer de vejez las antiguas doctrinas, sino que se esfuerza en rejuvenecerlas y darles nueva fuerza, dando á todos los hombres el ejemplo para que vivan segun dicta la razón, y para que se encaminen á la ciencia.

(20) Ἐροτικὸς ἢ περὶ κάλλους βασιλικῆς. Oración XIII, pág. 161 de la edición de Petavio.

mientos, que tuvieran influencia en el corazón y manifestasen una inteligencia convencida y un sentimiento entusiasta. Los *proginasmos* son ejemplos de ejercicios retóricos, que podrían convenir á aquellos maestros modernos de elocuencia, á quienes agrada el trabajar poco y enseñar á los jóvenes á pensar con la cabeza de otro (21). El discurso sobre los propios casos (περὶ ἐκείνου τύχης) es una autobiografía insípida. Citanse otras muchas obras suyas. A más de cuarenta suben sus disertaciones sobre asuntos de capricho, y más de dos mil son las cartas dirigidas á quinientas personas, entre las cuales se cuentan emperadores, generales, gobernadores, literatos, obispos, santos tales como Basilio y el Crisóstomo. Su discurso á la juventud sobre la alfombra (πρὸς τοὺς ἰουὺς περὶ τοῦ τάπητος) manifiesta hasta donde llegaba la insolencia de los escolares de Antioquia, los cuales habían dispuesto en tierra una alfombra para que su maestro tropezase y cayese. En otros discursos nos revela muchos abusos de su tiempo, así como la arbitrariedad con que los prefectos de Antioquia detenían á los campesinos que iban á llevar viveres á la ciudad, y obligaban á ellos y á sus caballeros á trabajar en las obras públicas; las prisiones hechas por capricho y con malos tratamientos; el mal proceder de algunos del campo que para librarse de las vejaciones de los militares, se ponían bajo la tutela de los oficiales, y después abusaban de ella para negar á sus señores la renta y el censo (22). En una carta se disculpa de haber interrumpido sus lecturas por haber enfermado de la lengua (23); en otra se queja del furor con que los monges derribaban los templos (24).

Juliano.—Es una de las más bellas y originales composiciones de la literatura la fábula de Juliano, titulada: *Los Césares*. Durante la libertad de las saturnales convida Rómulo á un banquete á los dioses entre quienes figura; y los emperadores que han reinado en la ciudad por el fundada están sentados en los primeros puestos en elevadas sillas. Debajo de la luna tienen una mesa los otros. A medida que aparecen los tiranos, inexorable Némesis los precipita en el Tártaro; de los demás se burla delicadamente juzgándolos Sileno. A los postres hace Júpiter que anuncie Mercurio como se adjudicará una corona celeste al que mas méritos reúna entre los convidados. De súbito se presen-

(21) LIBANII *sophistha praludia oratoria, declamationes et dissertationes* editit Morelli. Paris, 1607-27, 2 tomos.

Orationes et declamationes recensuit et perpetua annotatione illustravit J. F. Reiske. Altemburgo, 1791, 4 tomos. *Epistolae* editit Wolfius. Amsterdam, 1738.

(22) Ἐπεὶ τῶν προσηγοριῶν—περὶ τῶν γεωργῶν—περὶ τῶν ἀγγαρείων—πρὸς τὸν βασιλέα—περὶ τῶν δεσποτῶν.

(23) Περὶ τῶν φαρμάκων.

(24) Ὑπὲρ τῶν ἱερῶν.

tan para concurrir al premio Julio César, Augusto, Trajano, Marco Aurelio, Constantino, y para completar la compañía, Alejandro de Macedonia. Cada cual espone pomposamente sus hazañas, á escepcion de Marco Aurelio que calla modestamente. Entonces los jueces, grandes conocedores de las almas, escudriñan las intenciones secretas, é inducen á los contrincantes á confesar que la gloria, el poder, el placer fueron su único norte. Constantino es escarnecido, y Marco Aurelio alcanza el premio, por haber permanecido filósofo sobre el trono, proponiéndose imitar á la divinidad.

No es nueva la idea, y ya Luciano había llamado á los muertos á juicio ya burlesco ya severo. Pero aquí se aumenta la importancia del asunto con la magestad de los actores y del autor que, constituyéndose en juez de sus predecesores, podía apreciar con exactitud la posición de cada uno, cuando no le descarriaba el espíritu de partido, y que, en su aprobación ó en su censura, formulaba su propia sentencia (25).

Acaso tuvo parte Libanio en su *Misopogon*, si bien es más seguro que la tuvo Máximo, á cuyo exámen sometía sus escritos. Es un trabajo de circunstancias y de estilo fácil alternativamente trivial y agudo, ingenioso é insulso, en el que como en las sátiras, hay mucho falso entre algunas verdades. Irritado contra los de Antioquia finge ejercer su mal humor contra sí propio, exagera sus propios defectos y representando como otras tantas imperfecciones sus buenas cualidades, hace contrastar estas con los vicios de Antioquia, que convierte en virtudes (26).

(25) «No creo que en ninguna obra tan corta se hallen á la vez tantos caracteres y costumbres, tanta solidez y delicadeza, tanta instrucción sin que nunca tome el autor el tono dogmático; tanto chiste y jovialidad sin que jamás deje de ser instructivo. En suma, entiendo que *Los Césares* deberían despreocupar ó servir á lo menos de embarazo á aquellos que han consagrado estimación esclusiva á las producciones de la antigua Grecia.» LA BLETTERIE, *Historia del emperador Joviano. Prefacio.*

(26) «No hay ley que prohiba censurarse ó alabarse á sí propio. Si deseara hablar bien de mi persona, la verdad me obligaría al silencio; pero proponiéndome hablar mal no temo que se agote tan pronto la materia.

»Empiezo por mi figura. Nada tenía de regular, ni aun de suficientemente linda, y, por extravagancia, nada más que por castigarla de no ser bella, la he hecho monstruosa, llevando esta larga barba, selva donde se anidan los insectos fastidiosos que dejo se paseen por ella impunemente. Me obliga á comer y á beber con circunspección estremada, pues ciertamente la ensuciaría si no tuviera mucho cuidado. Por fortuna no me cuido de dar ni de recibir besos.

»Decis que es buena para hacer cuerdas, empleadla en este uso, lo consiento; pero es dura y temo que no logreis arrancarla sin ofender vuestras delicadas manitas. ¿Creéis afligirme con vuestras burlas? ¿No veis como les hago frente? ¡Me costaría tan poco hacer caer bajo la navaja esta barba espesa y puntiaguda, y dar á mis megillas cierto aire de frescura, y esas gracias infantiles, propias de mujeres y

Juliano, de punzante ingenio, frecuentemente degenera en consticidad indecorosa; y mientras se muestra filósofo, se falta á sí propio á cada instante por despecho y por ira, hasta que olvida su papel

que las hacen tan amables! Vosotros hasta con cabellos blancos, queréis pareceros á vuestras hijas; por refinamiento de delicadeza, ó por sencillez acaso, manteneis en vuestro rostro una juventud eterna, y en vuestras facciones, no en vuestra barba, se conoce que sois hombres.

»Como si no bastara dejarse crecer una barba enmarañada, mis cabellos mal peinados no dan mucho que hacer á los barberos: rara vez me corto las uñas, y mis dedos están manchados de tinta. ¿Queréis saber mis secretos? Tengo el pecho velludo y erizado como el del rey de los animales. Jamás he buscado el socorro del arte para seguir la moda, y siempre he tenido la rareza, la mezquindad de conservar lo que la naturaleza me ha dado. Si tuviera una berruga no os la ocultaría tampoco; pero no tengo ninguna, ni aun de aquellas que merecen vuestra indulgencia.

»Bastante he hablado del cuerpo, hablemos del espíritu ahora... Mi método de vida es estravagante como mi persona. Mi afición me destierra del teatro, y soy tan insensible á lo bello que cierro á los cómicos la puerta del palacio, donde no entran más que el primer día del año; presto entonces tal atención, que bien se concibe que solo se trata de una ceremonia. El tributo que exige de mí la tiranía de la costumbre, lo pago con la reserva de un arrendatario que lleva de mala gana á un señor lleno de dureza la parte que le adeuda...

»Pero oíd aun cosas más extraordinarias. Ningun deudor odió tanto el tribunal como yo el hipódromo; por eso me veis rara vez en su recinto: no me presento allí más que en las fiestas solemnes, diferenciándome considerablemente en esto de mi primo, de mi tío, de mi hermano; lejos de invertir allí todo el día, no me asiste paciencia para ver más de seis carreras. Asisto sin interés, sin enojo, y sin más placer que el de marcharme.

»Por lo que hace á mi vida interior, duermo sobre un lecho muy duro, comparto la noche con ocupaciones graves y un sueño ligero é interrumpido. Un alimento tan frugal que parece dieta, me hace de humor áspero, dándome un no sé qué de inconciliable con las buenas maneras de una ciudad engolfada en las delicias. Caros amigos, no me reconvenáis por este método de vida, no siendo mi intención ofenderos con el contraste; y perdonadme la ridícula preocupación de que fui esclavo desde mi infancia, de hacer la guerra á mis sentidos, y de contenerlos dentro de los límites de la más estricta templanza. Por eso jamás ha padecido mi estómago los inconvenientes de un exceso; y desde que fui elevado á la dignidad de César, solo una vez me he visto obligado á aligerar su peso, y no por intemperancia...

»Cuando estuve en Paris, mis modales obtenían la indulgencia de una nación tosca como son los galos, pero es injusticia por mi parte pretender que no enojen á una ciudad brillante como la vuestra, llena de pueblo, de riquezas, de solaces, punto de reunión de bailarinas y flautistas; á una ciudad donde hay más cómicos que ciudadanos y habituada á tratar con desden á sus príncipes... Estas nobles inclinaciones que os siguen donde quiera, brillan singularmente en el teatro y en las asambleas públicas. Aquí el pueblo vocifera y aplaude con estruendo, aquí los magistrados se perpetúan en virtud de profusiones: también adquieren una celebridad que jamás tuvo el legislador de Atenas por su entrevista con el rey de Lidia. Aquí no se

completamente, y dejando la ironía, prorrumpe en injurias contra los moradores de Antioquia, donde, según su dicho, hay más histriones que ciudadanos. El amor de la libertad les hace negarse á prestar obediencia á las leyes, á los magistrados y á los dioses: van á los templos por complacerle, aunque sin guardar allí silencio y compostura, y les opone el contraste de los atenienses, tan devotos á los dioses, tan comedidos con los extranjeros (27).

ve más que hermosura, gracias, estaturas elevadas y barbas recién cortadas. Como entre los feacios, jóvenes y viejos conuerdan en el amor al lujo y á los placeres.

«Y qué, Juliano! Fuiste por ventura tan necio que creyeras que nos acomodariamos á tu tosquedad, á tu rudeza, á tus extravagancias? ¡Oh hombre mal aconsejado y anhelante de odios! Φιλαπέθη μωρότατε. ¿Qué has hecho de tus conocimientos tan encomiados por tus viles aduladores? ¿Cómo se ha prestado á tales extravagancias esa alma, único objeto de tu recreo y de tus cuidados, esa alma que te aplicas de continuo á embellecer y á adornar de sabiduría? Te lo diremos claramente: en qué consiste la sabiduría, no lo sabemos, hemos oído hablar de ella, aunque no tenemos ninguna idea. Si para ser sabio se necesita imitarte, tener como indispensable la sumisión á los dioses y á las leyes, no insultar á sus iguales, tomar la defensa del pobre contra el rico que le oprime, arrostrar, cual lo haces á menudo, en interés de la justicia, las injurias, las cóleras y las enemistades: ser dueño de tí propio, sofocar el resentimiento, regular el corazón: esa sabiduría es estraña de todo punto. Si es necesario renunciar hasta á los placeres que no deshonoran al que los disfruta: si la sabiduría no puede conciliarse con la asistencia á los teatros: si no se reconcilia jamás en el secreto de las casas con los que la ultrajan públicamente; no hay para tí escapatoria, y entonces querrás arastrarte al precipicio. Solo la palabra de subordinación nos horroriza, no queriendo depender de Dios ni de la ley. ¡Viva la libertad!

«Hay perversidad igual á la tuya? ¿Qué, no quieres consentir en que te llamen señor, que declares que no lo eres: montas en cólera á consecuencia de un título autorizado por el uso, juzgándole demasiado fastuoso, y sin embargo exiges que obedezcamos tu autoridad y la de las leyes? Adopta más bien el nombre de señor y de soberano y déjanos de hecho la independencia. No, no, tirano en realidad, solo eres bueno en la apariencia. ¡Hase visto barbárie como la de impedir que los ricos abusen de su crédito en los tribunales, y prohibir el oficio de delator á los pobres!»

(27) «Descuida acaso tu brutal cólera ninguna ocasión de mortificarnos? Frecuentemente te diriges á los templos y por complacerte corre el pueblo en tropel á aquel adonde debes dirigirte: por esa razón muchos magistrados proceden del mismo modo. Hácente allí una pomposa acogida, aplausos, aclamaciones como en el teatro, nada se economiza. ¿Qué más se necesita para contentarle? ¿Por qué negar á nuestro celo las alabanzas á que tiene derecho? Pero no, tu pretendes saber más que el oráculo de Delfos, y respondes á nuestro conato por complacerte con censuras: nos reconviene por nuestros gritos: nos echas en cara la pretendida falta de decoro de nuestras aclamaciones, y nos dices:—Rara vez acudís al templo por los dioses, y cuando asistís por mi persona, reinan en el lugar santo el tumulto y la irreverencia. Personas cuerdas y virtuosas no deben olvidar que Homero recomienda el silencio religioso, y que

Atento á combatir la religion de Cristo, con toda clase de armas, é hinchado especialmente con la vanidad de autor, creyó útil oponer al cristianismo una refutación completa, y pensó que nadie saldria más airoso que él de esta empresa. Compuso, pues, un escrito titulado: *Contra los cristianos y sus creencias*, obra de tanto peso, en concepto de Libanio, que destronaba á Porfirio (28). Cirilo de Alejandria nos ha conservado una buena parte en la refutación que hizo de ella. Amontonó cuanto se había dicho anteriormente contra el cristianismo, con especialidad por Celso, añadiendo las ideas de Máximo, de Prisco y de algunos otros de sus amigos, dando á tal conjunto la autoridad del nombre imperial. «Su objeto, dice, es esponer á todos los hombres las razones que le persuadieron de que la doctrina de los galileos era una invención humana, sin tener nada de divino, y que había sido compuesta malignamente para engañar á la parte crédula y pueril del alma, propagando como verdaderas ciertas fábulas prodigiosas.» Empieza por desafiar á sus adversarios á que se atengan á las reglas de un juicio ordenado y á no recriminar antes de haber refutado. Sabia la ventajosa posición que tenían los cristianos cuando analizaban el helenismo, y que la fuerza de la verdad consiste en el conjunto y no en el detalle de las pruebas. Imputa, pues, á los cristianos el haberse empeñado en una senda peculiar suya, tomando de los hebreos su desden hacia los dioses, de los griegos el menosprecio á la cir-

conviene hacer en el recogimiento votos para atraerse las bendiciones celestiales. Si tales clamores no fueran reprobables ¿hubiera reprimido Ulises los arrebatos de Euriclea?—Somos viles mortales y nos poneis en la categoría de los dioses, nos prodigais un incienso robado á los altares. Si no me engaño, ni aun esos mismos dioses necesitan de vuestras adulaciones: lo que nos piden se reduce á un culto prudente y moderado ó modestas oraciones.

«Sufré, pues, Juliano, que te aborrezcan, que te muerdan en secreto y te insulten públicamente. Devora las injurias, ya que te desagradan las alabanzas. Si no té amoldas á su género de vida podrán perdonarlo; pero, ¿cómo escusarte de los demás? Tu no divides con nadie tu lecho: eres un salvaje, á quien no puede domesticar cosa alguna. Tu corazón, inaccesible al deleite, resiste á sus más poderosos atractivos. Te piden por primer recreo tu propia metamorfosis: te conjuran á que puebles los teatros de bailarines y de bailarinas, de actrices descaradas, de mancebos que rivalicen en belleza con las mujeres, de hombres afeminados y mas muelles que las señoras. Te piden asambleas y fiestas, aunque no de las consagradas á los dioses; en las que se necesita sabiduría y decoro: de estas celebras demasiadas, y ya todos están para siempre hartos y fastidiados de ellas.»

Así continuando, desciende á muchas particularidades, especialmente relativas al cristianismo, después acaba con invectivas, arrojando completamente la máscara mimica que hasta entonces había conservado.

(28) Véase *Juliani imp. opera que supersunt omnia*, edición Spanheim. Leipzig, 1696. *Juliani que feruntur epistola*, edición Heyler. Maguncia, 1828, en 8.º

cunción y á las demás ceremonias mosaicas, y el ofrecer víctimas cruentas. Pasa en seguida á censurar muchos de sus ritos. Después se apoderaron los apologistas de muchas de sus censuras para demostrar la antigüedad cuestionada de ciertos dogmas y de costumbres que algunos presentan como nuevas.

Versado en el arte del sofista, sabe hasta qué punto se deja engañar el vulgo de los sabios con citas sacadas del libro que se refuta, lo cual, al paso que demuestra la buena fe del impugnador, opone al atacado la mayor prueba, esto es, su confesión propia, pero para esto sería menester que las citas fueran sinceras. Ahora bien, los lectores ordinarios, esto es, los más no se cuidan por saber si están alteradas ó desnaturalizadas al segregarlas del texto, si la interpretación que se les da es arbitraria. En esto se fiaban Juliano y sus imitadores, así como sus panegiristas del siglo pasado, que comprendieron, á semejanza suya, cuan al vivo hiere el ridículo, y se sirvieron de ellas para desacreditar las cosas más santas, con gran diversion de la muchedumbre (29).

No bien apareció la obra de Juliano fué refutada por Apolinario de Laodicea: el autor no empleó más argumentos que los sacados del buen sentido sin recurrir á las Sagradas Escrituras. Juliano, después de haber visto este trabajo, escribió lo siguiente: *He leído, comprendido y despreciado*. A lo cual respondió un obispo: *Has leído: no has comprendido; si hubieras comprendido, no hubieras despreciado* (30).

Fuó combatido más directamente cincuenta años más tarde por Felipe de Sida, San Cirilo y Teodoro, quienes hacen ver cuanto ha desnaturalizado los hechos el sofista imperial, que mal ha interpretado los dogmas, como ha atacado las verdades más evidentes.

Carecen de espontaneidad las cartas de Juliano, si bien revelan su filosofía, y un distinguido talento que se extravía á veces en estrañas puerilidades. Con motivo de un envío de cien higos secos de Damasco dirigidos á Serapion, consagra la mitad de una larguísima carta á encomiar esta fruta con lugares comunes de retórica y acumu-

(29) Entre los artificios empleados contra la religion en el siglo pasado, citaremos el del marqués de Argens, á quien ocurrió reconstruir la obra de Juliano, y mandarla imprimir bajo el título de *Defensa del paganismo por el emperador Juliano*, en griego y en francés, Berlin, 1764. Refutóla victoriosamente Jorge Federico Meyer, en el *Beurtheilung der Betrachtungen der Herrn marquis von Argens über des Kaiser Julian*, Halle, 1764; y Guillermo Crichton, *Betrachtungen über des Kaiser Julian Abfall von der christlichen Religion und Vertheidigung des Heidenthums*, Halle, 1765.

(30) Es intraducible este juego de palabras: ἀνεργων, ἔργων, κατέργων. La respuesta fué: ἀνεργως, ἀλλ' οὐκ ἔργως, εἰ γὰρ ἔργως, οὐκ ἂν κατέργως.

HIST. UNIV.

lando citas de autoridades; contiene el resto el elogio del número ciento por sus propiedades aritméticas y por su poética predilección, en atención á los cien brazos de Briareo, á las cien ciudades de Creta, á las cien puertas de Tebas, á la hecatombe, á las centurias, á los centuriones, á los centumviro y á otras cosas de esta especie. Algunas de sus cartas son rescriptos imperiales; las hay también que están llenas de bajezas respecto de escritores á quienes prodiga incienso, y de protestas de adhesión que, aun manifestadas por un escolar, parecieran escesivas.

Difícilmente halla una excusa en lo crítico de las circunstancias en que se hallaba colocado y en la necesidad del fingimiento, la abyecta adulación que respiran sus diversos panegíricos en honor de Constancio y de Eusebia. Su discurso sobre el *Sol invencible* es un elogio del *Logos* de Platon: pone en tortura su mente con motivo de la madre de los dioses, para explicar alegóricamente el torpe culto de Cibeles. Sus discursos contra Heraclio y otros cínicos son diatribas. Cuando separaron de su lado á Salustio en las Galias, Juliano probó á consolarse con escritos en que está sofocado el cariño que los dictara entre un monton de alusiones y de citas (31).

(31) «Deleita ver á un hombre admirado en la corte y sobre el campo de batalla, escribir y pensar en su gabinete y hablar como filósofo á los pueblos á quienes sabe gobernar como rey. Juliano reunió estas dos cualidades: pero observemos que no eran ni con mucho tan raras entre los antiguos como entre nosotros. En Roma cultivaron las letras muchos emperadores. César fué rival de Ciceron en la tribuna, y quiso serlo de Sofocles en el teatro. Augusto, escelente escritor en prosa, hizo también tragedias y poemas: Calígula aspiró á la palma de la elocuencia. Claudio escribía con pureza, y compuso una historia de su tiempo. Consagróse la ardiente é impetuosa imaginación de Nerón lo mismo á la música que á la poesía. Adriano, poeta, pintor, historiador y arquitecto, pasó por el primer orador de su siglo. Marco Aurelio, filósofo como Epicteto, fué también escritor á imitación suya. Séptimo Severo, orador en las lenguas griega y latina compuso los recuerdos de su reinado. Alejandro Severo cantó las virtudes que su corazón poseía, y celebró en verso á los emperadores más humanos que le habían precedido en el trono. Los dos Gordianos fueron magistrados, guerreros, literatos; y uno de ellos publicó antes de reinar un poema en treinta cantos en loor de Marco Aurelio y de Antonino. Balbino, elegido por el Senado y muerto por los soldados, alcanzó triunfos en la poesía y en la elocuencia. Galieno, voluptuoso y valiente, célebre por sus victorias y por sus sutilezas, sabía escribir perfectamente é hizo versos henchidos de deleite y de gusto. Tácito, soberano del mundo, se jactaba de descender del historiador de este nombre, y no pasaba una sola noche sin dedicarse á la composición y á la lectura. Erigióse una estatua á Numeriano como orador, y un solo rival le disputaba en el imperio la palma de la poesía. Constantino, asociando los usos de la antigua Roma á los de la Iglesia, y los derechos del trono á los del altar, fué á un mismo tiempo emperador y orador sagrado: compuso y pronunció muchos sermones, y nos queda su *Discurso á la asamblea de*

Pero el sutil Juliano, el hábil y disertó Temistio, el abundante y pomposo Libanio, el violento é irascible Eunapio, y todos los demás discípulos de esta escuela, eran hombres de lo pasado: el porvenir se hallaba ya en otras manos.

los santos, hecho y leído en Bizancio el día de Pascua por este sucesor de César y de Augusto. De consiguiente, antes de Juliano habían ocupado diez y seis emperadores un lugar distinguido entre los escritores de Roma. THOMAS.

CAPÍTULO XXI

LITERATURA CRISTIANA.

Diferentes caminos seguían los Padres de la Iglesia, no buscando el arte por sí mismo, sino haciendo servir la forma al pensamiento, y creando una literatura de un carácter nuevo, cuando la literatura antigua perdía el suyo.

Hasta su tiempo nunca se había pensado en congregarse al pueblo en una iglesia, á fin de manifestarle lo que debía creer y como adorar y obrar. Antes el conocimiento de las cosas sagradas, como todo lo demás, constituía un privilegio del menor número y nunca se había comunicado al vulgo. Además ¿qué se hubiera podido predicar en el templo, cuando ni los mismos doctores estaban de acuerdo en punto á la moral y á los dogmas? Limitábase la elocuencia antigua á los intereses particulares de un ciudadano ó de una ciudad; á lo sumo discutía algún filósofo con sus discípulos, si bien sobre doctrinas especiales, desprovistas de carácter público y universal.

Desde el momento que Cristo dijo: *Id y predicad á todos*, la verdad universalmente aceptada debía ser espuesta á la congregación de los fieles: era necesario explicar lo que importaba á la salvación de todos. Tomaba el sacerdote á su cargo al niño desde la más tierna edad, y con ayuda del catecismo le insinuaba en las verdades más sublimes; y, merced á esta enseñanza, hasta la niñez se hallaba en disposición de responder acerca de lo que ignoraban Aristóteles y Platon. Semejante enseñanza duraba tanto como la vida, ora confirmando á los creyentes, ora convirtiendo á los extraviados ó persuadiendo á los incrédulos.

En un principio fué apoyada la predicación por la evidencia del milagro, y el Espíritu Santo, que hablaba por boca de los apóstoles, no necesitaba de las persuasiones de la humana sabiduría (1);

(1) I Corintios, II, 4.

pero cuando la religión se extendió por la sociedad, mezclándose con ella, se proveyó de las armas de que se servía el error para combatirla, y la elocuencia pasó desde la tribuna al púlpito, de la política á la moral, de los intereses del mundo á los del cielo.

Como arte tomó vuelo tan pronto como pudo resonar libremente desde el púlpito la palabra divina.

Posteriormente, cuando salió triunfante la Iglesia, del mismo modo que se adornó con pompas y aparatos, quiso también rodearse del prestigio de la elocuencia, y suplió con el auxilio del arte la antigua fé que se había entibiado.

Su primer campo fueron las luchas contra los arrianos: luego sube de punto, merced á oradores que al combatir el orgullo del saber y la indocilidad del corazón que sostienen el parangón con los que la antigüedad produjera más ilustres, y sobrepujan en mucho á sus contemporáneos. Con especialidad en Oriente saben los Padres hacer que se plegue, no solo el arte, sino también el habla de los griegos, á las inspiraciones sagradas, y á explicar las nuevas ideas de la fé: sin embargo, este idioma no cesa de ser lo mismo que era cuando tronaba con Demóstenes ó lisonjeaba con Isócrates: es como una melodía antigua que se hubiera adaptado á una nueva letra. Necesitábase esta cultura para ganar á la fé á las gentes instruidas y á los muchos que se habían ejercitado en los ejercicios retóricos. Por eso Juliano intentó embotar un arma peligrosa para su creencia escluyendo á los cristianos de la escuela. Unánimemente protestaron contra aquel inicuo edicto, y desde entonces se aplicaron con mucho más celo al estudio, como acontece con las cosas vedadas; de modo que Gregorio Nazianceno decía á los paganos: *Os abandono todas las demás riquezas, nacimiento,*